

ARANA CAÑEDO - ARGÜELLES, J.,
*Ciencia y metafísica en el Kant
precrítico (1746-1764)*. Publica-
ciones de la Universidad de Se-
villa, Sevilla 1982, 212 pp.

La presente monografía fue pu-
blicada con motivo del segundo
centenario de la primera edición
de la *Crítica de la Razón Pura*, y
tiene por objeto localizar en los es-
critos del Kant precrítico el sen-
tido inicial y la orientación poste-
rior de lo que hoy día, con termi-
nología de Hans Albert, se ha que-
dado en denominar el *racionalismo
crítico* ilustrado del siglo XVIII,
o movimiento filosófico y cientí-
fico que adoptó una posición de
transición entre el racionalismo
dogmático cartesiano y los poste-
riores planteamientos crítico-trans-
cendentales kantianos, abarcando
autores tan dispares como Leibniz,
Wolff, Buffon, Maupertuis, Huy-
gens, Bernouilli, Lange, Budde, Rü-
diger, Hoffmann, Baumgarten, Cru-
sius, Thomasius, Knutzen, Mendels-
shon, Lambert, Euler, y especial-
mente el propio Kant en su inicial
período precrítico de 1746 a 1764
(cf. pp. 27-29).

En este sentido un análisis por-
menorizado de la evolución inicial
del pensamiento precrítico kan-
tiano tiene un gran interés actual

para la historia y metodología de
la ciencia, por cuanto puede ser
considerado como un período cru-
cial del dinamismo interno inma-
nente al racionalismo ilustrado del
siglo XVIII.

Y para mostrar las raíces histó-
ricas de este nuevo racionalismo
crítico, o *racionalismo fisicista* co-
mo lo denomina el autor, la inves-
tigación se inicia con un riguroso
análisis textual, en el que se pre-
tende mostrar cómo el Kant pre-
crítico trató de hacer compatible la
razón con la experiencia, postulan-
do una matematización rigurosa y
exacta de la metafísica, al igual
que anteriormente Newton lo ha-
bía conseguido con la física. De
este modo el joven Kant fue el
iniciador de una actitud *metodoló-
gica* que, por una parte, pretende
evitar el dogmatismo y los aprio-
rismos del racionalismo innatista
cartesiano, o del logicismo deduc-
tivistista leibniziano. A la vez que,
por otra parte, también propugnó
una audaz fundamentación *episte-
mológica* de la física, que trató de
dar razón de la universalidad y ne-
cesidad que Newton atribuyó a su
mecánica celeste, aunque justifi-
cándola ahora sobre unos presu-
puestos teóricos aún más sólidos
(cf. p. 178). El Kant precrítico in-
trodujo así un nuevo ideal regula-

BIBLIOGRAFIA

tivo físico-matemático y racionalista-crítico, en el cual se trató de extraer todas las consecuencias pertinentes que se derivaban de la separación que Newton había introducido entre la causalidad metafísica o trascendental (que justifica la creación del Universo) y la causalidad simplemente física o predicamental (que determina las leyes que mantienen el orden del Universo) (cf. p. 71). A la vez que, por otra parte, también trató de hacer compatible el *intuicionismo epistemológico* que estaba supuesto en las *cosmologías metafísicas* «more geométrico» de Wolff y Leibniz, con el *fiscalismo metodológico* que de un modo explícito ya se había desarrollado en la nueva *cosmología experimental* «more mecánico» de Newton (cf. pp. 61 y 117).

Y sin duda alguna la clave para poder interpretar este ambicioso proyecto científico kantiano, es detectar la evolución que a lo largo de su período precrítico experimentó su modo de entender las relaciones entre ciencia y filosofía, o entre ciencia y metafísica, en un doble orden de investigación. En primer lugar, con respecto a su inicial aceptación de la triple división aristotélica de las ciencias especulativas en ciencias *físicas* o *naturales* (cf. pp. 47 ss.; 145 ss.).

A la vez que, por otra parte y en un segundo momento, también introdujo un triple punto de vista acerca de cada una de estas ciencias, a saber: el punto de vista *metodológico* que demarca los *objetos* de cada una de ellas y determina la *normativa* que de un modo pragmático debe seguir el investigador para adecuarse a su

objeto; el punto de vista *epistemológico* que justifica los *principios* lógicos que deben dar coherencia interna a aquellas construcciones teóricas que pretenden describir toda o parte de la realidad; y finalmente, el punto de vista *gnoseológico* del sujeto del conocimiento y de las *facultades* intelectivas que han de ser puestas en ejercicio a fin de englobar los elementos metodológicos y epistemológicos, objetivos y subjetivos, que caracterizan a las teorías y construcciones científicas (cf. p. 17).

Y tomando como punto de partida estos dos lugares comunes de la filosofía clásica, el autor analiza detenidamente dos supuestos kantianos que suelen pasar habitualmente desapercibidos. En primer lugar, que el Kant precrítico siempre fue deudor de una concepción *racionalista* de la Metafísica, según la cual la Ontología siempre debe presuponer una Gnoseología, es decir, una Teoría que garantice la ausencia de límites en el conocimiento humano, así como una Semiótica, es decir, una Teoría que justifique las ilimitadas posibilidades teóricas de la intercomunicación humana. Y desde este supuesto *racionalista*, no cabe duda que la Ontología es una ciencia que no sólo determina las propiedades transcendentales y comunes a todos los entes, sino que además debe deducir los objetos y primeros principios de cada una de las ciencias, ya sean físicas, matemáticas o metafísicas, a la vez que también debe prejuzgar de antemano su mancomunada posesión por parte de todos los participantes en un mismo diálogo científico (cf. p. 161).

BIBLIOGRAFIA

Por ello el autor puede afirmar que el posterior planteamiento crítico-trascendental del propio Kant no supuso una ruptura radical con la epistemología de 1763, sino fue más bien un último intento por alcanzar una nueva fundamentación gnoseológica a los problemas que anteriormente se le habían planteado en su filosofía de la naturaleza (cf. p. 190). De este modo, sin pretenderlo, el Kant precrítico habría sido el iniciador de una nueva *transformación de la metafísica*, en la cual la Gnoseología, o Teoría del conocimiento, se antepuso a la propia Ontología y, prejuzgando las posibilidades de la intercomunicación humana, volvió a deducir los objetos y los primeros principios de cada una de las ciencias, aunque tomando ahora como punto de partida una previa demarcación de las tres *facultades* básicas del conocimiento humano, a saber: «el entendimiento» («Verstand»), o capacidad de conocer claramente; la razón («Vernunft»), o capacidad de hacer razonamientos; y finalmente, la capacidad de juzgar (o el «uso sano del entendimiento»), en el cual radica la forma superior de conocer» (cf. p. 121).

Pero, por otra parte y en segundo lugar, Kant también fue deudor de una tradición filosófica que fue característica del monoteísmo desmitificador judeo-cristiano, y a la que se le deben atribuir los méritos indudables del *racionalismo crítico* de todas las épocas; ya sea por denunciar la divinización de las fuerzas naturales, como ocurrió en el racionalismo cristiano de la Edad Media, posteriormente radicalizado y en cierto modo desna-

turalizado por Ockham; ya sea por limitar o corregir las pretensiones logicistas de las *metafísicas racionalistas*, como ocurrió en el pensamiento precrítico kantiano; ya sea por eludir los delirios totalitarios de la Razón Dialéctica, como también ocurrió en Popper y los postpopperianos (cf. pp. 62 y 63).

Y según esta actitud el único modo de evitar una inadecuada divinización de las fuerzas naturales, incluida la propia razón humana, es introducir una nueva Teoría de la Ciencia, que, por una parte, debe garantizar una nítida separación entre Dios y el Mundo, entre la fe sobrenatural y la razón natural, entre las construcciones teóricas de la ciencia y los propios datos empíricos de los sentidos (cf. p. 138). A la vez que, por otra parte, y dado el carácter falible del conocimiento humano, debe someter a permanente revisión crítica la armonía ontológica preestablecida que el *racionalismo dogmático y la metafísica organicista* solían establecer entre la estructura hilemórfica del Mundo físico, las construcciones racionales que configuran el Universo del discurso lógico y los propios procesos mentales que se operan en la Psique humana, fomentando una permanente confrontación entre los aspectos metodológicos, epistemológicos y gnoseológicos de todas las ciencias (cf. p. 51 y ss.; 71 y ss.; 88 y ss.; 102 y ss.; 115 y ss.; 145 y ss.; 165 y ss.; 177 y ss.).

Y partiendo de estas dos observaciones iniciales, el autor recupera una nueva imagen del Kant precrítico, como un pensador que tuvo una personalidad «a se» en la filosofía y en la ciencia de la Ilus-

BIBLIOGRAFIA

tración, pudiendo llegar a tener un valor heurístico superior al propio Kant de la *Crítica de la Razón Pura*. Pues al contrario de lo que podría aparentar su posterior visión retrospectiva, el joven Kant habría tenido el mérito de descubrir un *racionalismo dogmático* peculiar que, inicialmente al menos, le habría llevado a elaborar una nueva filosofía de la naturaleza construida sobre presupuestos newtonianos (cf. p. 120 ss.). De este modo la influencia inicial que en él ejercieron las actitudes anti-racionalistas y proempiristas de Hoffman, Knutzen y Thomasius le permitió reivindicar el fisicalismo metodológico que estaba latente en la mecánica celeste de Newton. A la vez que también postuló el hallazgo de una filosofía de la naturaleza, simultáneamente experimental y metafísica, que, inicialmente al menos, creía poder hacer compatible con el intuicionismo epistemológico que siempre estuvo latente en las *metafísicas racionalistas* de Leibniz, Wolff y de los postwolfianos Darjes y Baumgarten. Reivindicó así el posible valor experimental de los primeros principios de la mecánica newtoniana, aunque sin renunciar por ello al valor intuitivo y trascendental de los primeros principios de la razón natural, y justificó así el posible valor heurístico de un *racionalismo dogmático* peculiar (cf. pp. 81 y ss.).

Pero, por otra parte, un mejor conocimiento de las obras de Leibniz y Wolff, y especialmente el impacto que le produjo el terremoto de Lisboa de 1755 (cf. p. 112), le indujeron a adoptar una actitud racionalista-crítica que, enfrentando la razón a la experiencia,

le permitió desenmascarar el paralelismo lógico/físico y la armonía psicológica preestablecida, que, al menos de un modo tácito, siempre estuvo supuesta en la filosofía ilustrada de los siglos XVII y XVIII (cf. pp. 92 y 176); ya sea de un modo dogmático e innatista, como ocurrió en Descartes; ya sea de un modo programático y preestablecido, como ocurrió en Leibniz; o ya sea de un modo aporético, como paradójicamente ocurrió en el autodenominado período precrítico (cf. p. 51). Aunque evidentemente esto le obligó a renunciar al newtonianismo empírico y al peculiar *racionalismo dogmático* de la primera fase de su pensamiento precrítico, teniendo que iniciar una nueva investigación sobre los fundamentos gnoseológicos de las distintas fuentes del conocimiento científico.

Y evidentemente este cambio en el punto de partida le obligó a elegir, como principal fuente de conocimiento, una de estas tres posibilidades: o un empirismo radical, que renuncia ya de antemano a justificar la ciencia; o la vía de la abstracción, totalmente desconocida para Kant, que trate de abordar directamente el problema gnoseológico de las condiciones de posibilidad y validez del propio conocimiento humano, aunque sin volverse a cuestionar nunca más con la misma radicalidad el problema de la ciencia.

De este modo, el joven Kant habría intuido la existencia de una vía media entre el logicismo analítico y el empirismo radical, así como entre la metafísica racionalista y su posterior filosofía crítico-trascendental.

BIBLIOGRAFIA

Por ello, cuando posteriormente se detecten estas lagunas y parcialidades que fueron consustanciales a los planteamientos crítico-transcendentales kantianos, la obra de Kant precrítico será un punto de referencia obligado en el que se inspirarán autores tan dispares como fueron Peirce, Husserl o Frege, a fin de encontrar un punto de partida menos psicologista y más racionalista-crítico del problema de la ciencia. Y en este sentido no cabe duda que el autor, distanciándose a su vez del Kant precrítico, sugiere un amplio horizonte de investigaciones históricas y sistemáticas que tienen por objeto final alcanzar «la construcción radical (de una nueva Teoría de la ciencia) orientada por el sano juicio de la razón natural» (p. 181, cf. p. 115-116).

El joven Kant no fue, pues, tan «dogmático» como posteriormente se autodescribió, ni su descubrimiento de Hume fue tan repentinamente tardío como después aparentó. Sin embargo, toda su vida estuvo marcada por el ideal *racionalista* de encontrar una visión unificada de los aspectos metodológicos y gnoseológicos de todas las ciencias, ya sean naturales, matemáticas o metafísicas, y cuyo único objeto era hacer compatible el ideal fiscalista de la mecánica celeste de Newton, con el ideal racionalista de las metafísicas transcendentales de Leibniz y Wolff. El mismo ideal «racionalista hasta el final, le llevaría a defender en la *Crítica* la unidad y necesidad del conocimiento científico, a costa de sacrificar las aspiraciones cognitivas más radicales del hombre» (p. 190, cf. pp. 23-39 y 123-125).

Evidentemente la investigación desarrollada por Juan Arana no pretende ser exhaustiva ni en el tratamiento de los temas ni en el modo de fundamentarlos. Quizás su mayor mérito haya consistido en dejar hablar al Kant precrítico con sus propios textos, eligiendo un tema y un método de investigación que permite ir rastreando aquellos problemas que habitualmente se dan por sobreentendidos en los posteriores escritos del propio Kant. En este sentido el autor abre amplios horizontes de investigación, tanto históricos como sistemáticos, que confiamos que en un futuro próximo puedan ser abordados. A este respecto no cabe duda que el replanteamiento actual de las relaciones entre ciencia y metafísica en el Kant precrítico vuelve a dejar abierta la *vexata questio* del estatuto epistemológico y gnoseológico que se debe atribuir al método positivo de las ciencias naturales y al propio método transcendental de la metafísica. Y sin duda alguna una adecuada rehabilitación actual de la teoría clásica de la abstracción, a través de sus más diversas formulaciones, incluidas también las de la moderna analítica y hermenéutica del lenguaje, permitiría localizar una tercera vía que pudiese mediar entre el dogmatismo institucionalista de los analíticos y el pragmatismo constructivista de los hermenéuticos.

C. O. DE LANDÁZURI

BRANDENSTEIN, B. F. VON, *Problemas de una ética filosófica*, traducción del alemán por Claudio